

LOS LIBROS PEQUEÑOS

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTORES:—Isaac J. Barrera—César E. Arroyo

AÑO I

JUNIO DE 1924

NUM. 1

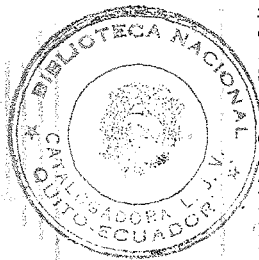
ISAAC J. BARRERA

EL DOLOR DE SOÑAR

NOVELA CORTA



**PUBLICACIONES
EDITORIAL ARTES GRAFICAS
QUITO**




Profesor de Química General y Director de los Laboratorios Químicos del Colegio Imperial de Ciencia y Tecnología de South Kensington, Londres, Director de los Laboratorios oficiales del Reino Unido, Antigo Presidente de la Sociedad de Química y de la Sociedad de Industria Química

Con la colaboración de 127 eminentes profesores y especialistas. Traducida de la última edición inglesa por distinguidos Profesores de las Facultades y Escuelas Especiales e Ingenieros Industriales de Barcelona y Madrid

EL DOLOR DE SOÑAR

NOVELA CORTA POR


ISAAC J. BARRERA 



PUBLICACIONES

"Editorial Artes Gráficas"

QUITO



LOS LIBROS PEQUEÑOS

SE PUBLICARAN EN LOS NUMEROS SIGUIENTES:

César E. Arroyo: Iris, novela

Gonzalo Zaldumbide: Egloga Trágica



VALOR DEL PRESENTE NUMERO \$ 0,30



Todos los números están a la venta en la

“EDITORIAL ARTES GRAFICAS”

IMPRENTA, LIBRERIA Y PAPELERIA DE
CANDIDO BRIZ SANCHEZ

CALLE VENEZUELA No. 73.

CORREO: APARTADO LETRA N.

QUITO—ECUADOR



ES PROPIEDAD,

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

Imprenta Librería y Papelería "EDITORIAL ARTES GRAFICAS."
Carrera Venezuela No. 73.—Correo Apartado letra N
QUITO—ECUADOR.

AL LECTOR

Tenemos el agrado de ofrecer al público "Los Libros Pequeños," seguros de que con ello contribuiremos en algún tanto al desenvolvimiento y difusión de las letras ecuatorianas. La denominación de esta serie corresponde a la idea que nos hemos formado de publicar libros que no sean de grandes dimensiones, pero que representan una modalidad actual necesaria. Por esto, publicaremos de preferencia novelas cortas; género que puede ser fuente de inspiración fecunda para los escritores de este país, porque en él se resumen y compendian los demás géneros, además de que, por propia naturaleza, la novela tiene que referirse a un medio determinado y fijar caracteres con filiación social conocida, una vez que las obras van a ser escritas por autores ecuatorianos.

Más, si la novela merecerá nuestra atención preferente, ello no impedirá para que en la colección de "Los Libros Pequeños," encuentren cabida el ensayo a la moderna, la producción teatral y la selección poética. Pondremos el mayor cuidado en acortar, de modo de que la bondad de la obra corresponda a la buena intención del propósito; no publicaremos por publicar, sino aquello que consideremos que será bien aceptado por los lectores, por ser la efectiva representación del espíritu literario de este país y de este tiempo.

Por lo demás es inútil decir que los editores no se han propuesto ningún fin interesado al emprender en esta publicación, que, por el contrario, no hará sino contribuir a la difusión de las obras literarias, poniéndolas al alcance del público en el que es menester crear el hábito de la lectura, descuidado hoy, convencidos de que el ambiente intelectual y verdaderamente civilizado, no se forma en los pueblos sino a medida de que éstos penetran en los secretos del pensamiento por medio de las lecturas amplias, abundantes y selectas.

Explicado nuestro propósito, pedimos la cooperación del público para el cumplimiento de esta aspiración de progreso y de cultura.

La Casa Editora.

Para Cristóbal de
Santana y J. inter-
lectual distinguido y
estimado amigo

Francisco

El Dolor de Soñar

A la bella mujer que leyó estas páginas, que dicen del placer y del dolor de soñar.

La casa de Natalia se encontraba en uno de los extremos de la población. El pueblo de N... que aspiraba a que se le llamara ciudad, contaba con muchas calles extensas, pero de las que muy pocas tenían el número de casas suficiente para justificar la pretensión urbana. Después del agrupamiento de edificios junto a las dos plazas y a las tres iglesias que constituían el centro poblado, la calle languidecía en paredones que poco a poco esfumaban el enjalbegamiento y se convertían en muros verdosos, llenos de espinos y de zarzas. Las calles, al extenderse, perdían también la asiduidad del tráfico y se cubrían de grama, sobre la que se sombreaban uno o dos senderos que conservaban la huella de los contados vecinos que por allí transitaban.

En uno de esos extremos de calle vivía Natalia. La casita se levantaba airosa, aunque humilde. Entre el fondo de la arboleda que marcaba el confín por ese lado, la casita, blanca y pulcra, con amplios corredores y un pequeño huerto al lado tenía la apariencia de un cromo.

En el huerto había un altozano, que era como un mirador para la calle: estaba sombreado por un árbol coposo, de amplias y graciosas ramas; bajo esa sombra se pasaba Natalia los días de verano. Con una costura en la mano, cosía a ratos; pero la mayor parte del tiempo contemplaba las nubes que viajaban por el cielo, descifraba las figuras en que esas nubes se amontonaban; seguía el trinar de los pájaros en la arboleda; miraba con detenido encanto la corola de las flores, y de contemplación en contemplación, se sumía en sueños hondos que la dejaban perpleja y que hacían que el alma se le fuera lejos, muy lejos y la imaginación corriera extrañas aventuras.

Había nacido para soñar. Entre el pensamiento y la acción, prefería el primero y encontraba en eso su felicidad. ¿Desde cuándo era así? Ni siquiera se acordaba desde cuando; le parecía que siempre vivió de esa manera, con los ojos abiertos a la naturaleza y al silencio y con el alma a lo infinito.

Sus padres habían querido, al principio, corregir en Natalia esta huera silenciosa e inofensiva, pero chocante, y cuando era niña le obligaban a que tomara parte en los juegos de sus hermanos, quienes, por contraste, eran bullangueros y traviesos más de lo ordinario; pero Natalia no se entusiasma con esos juegos y permanecía absorta y pensativa; de tal manera que sus hermanos acababan por burlarse de ella, motejándola de simple.

Uno de sus mayores encantos era la fiesta de Navidad. Si ordinariamente hacía altarcicos en algún rincón, con una estampa poco estética y adornos de su invención, en diciembre encontraba una particular complacencia en componer el *nacimiento*. Al principio ayudaba a la vieja abuela en esa ocupación, y llena de un místico fervor cogía en sus brazos al Niño Jesús, le estrechaba contra el pecho, le besaba y le mojaba con sus lágrimas. La vieja abuela no atinaba a comprender este fervor, que lo tenía por necio, alzaba los hombros y seguía arreglando pastores y reyes, estrellas y lagos, mientras sus labios cansados entonaban a media voz villancicos y antiguas coplas en alabanza del Niño Dios, de María y de San José.

Cuando por la muerte de la abuela, Natalia, ya más crecida, quedó con la dirección exclusiva del *nacimiento*, lo remozó completamente haciéndolo fantástico como nunca pudo ser un altar de esta clase. No parecía sino que la niña tuviera fija la vista en la milagrosa estrella que conducía a los Reyes Magos que se dirigían a la gruta de Belén. Su fervor místico, envuelto en un candor hecho de abstracción y descuido por todo lo que le rodeaba, se exasperó terriblemente, y eran verdaderos deliquios los que tenía delante de la imagen del Niño hermoso, que en el retablo yacía expuesto al frío de la noche, de la intemperie y del invierno.

Sus hermanos se acostumbraron al fin a la simplicidad de la hermana devota y retraída y procedían en sus juegos con absoluta prescindencia de ella. Y así, en la misma fiesta de Navidad, mientras Natalia cuidaba de que no se apagara una luz ni se descompusiera una figura, sus hermanos metían un bullicio infernal, tocando pitos y tambores.

Algún rato sentía Natalia la necesidad de la expansión, y era cuando sus hermanos pequeños se acercaban al retablo a decir ingenuas loas. La cadencia de los versos daba un extraño ritmo al sentimiento y encontraba que era el lenguaje adecuado a la devoción. Muchas veces se aprendió también algunos versos y hacía la resolución de decirlos y sentía un confiado alivio ante esa resolución; pero cuando ya en la piadosa reunión se iba acercando la oportunidad, sufría terriblemente. Una intranquilidad, un desasosiego, le impedían pensar en otra cosa que no fuera en el momento que se acercaba. Sudaba frío; pero se mantenía en su resolución, sólo que iba difiriendo el momento. Después—decía—; y se concluía la fiesta sin que hubiera logrado vencer la timidez que le acongojaba. De noche, en su cama, lloraba por la falta de re-

solución; pero las sombras y el silencio iban calmando el malestar y al fin se consolaba, sonreía y podía dormir.

* * *

Sus padres se acostumbraron a esta extraña manera de ser; sólo que, además, encontraban que Natalia tenía una pereza peligrosa y nociva. Gente pobre, exigía que sus hijos hicieran algo, que sirvieran de ayuda en los menesteres caseros, y Natalia, al llegar de la escuela, iba al huerto con un libro o una costura y se quedaba inmóvil y en silencio, hasta que la voz de la madre le llegaba con una colérica reconvención.

La madre, mujer sencilla y honrada, sentía un miedo supersticioso ante esta niña contemplativa y ociosa, que mataba las horas en una triste languidez. Para ella, era el enemigo malo, era el demonio el que veía celoso y testarudo tras de esta niña. Y no valía que la piedad de Natalia para las cosas sagradas fuera tan sincera, porque tenía como dogma y no iba muy descaminada en ello, que la pereza es la madre de todos los vicios; y se acordaba de un antiguo cuento de viejas en el que una niña que no se movía en los menesteres de la casa, con la diligencia necesaria, acabó por criar rabo.

Y así le decía a Natalia, quien recibía medrosa la reprimenda, pero un tanto indiferente, lo que sacaba de quicio a la pobre mujer, que no sabía que pensar de esta hija extraña, hasta que llegó a persuadirse de que era incapaz de comprender las cosas que le decía y, por tanto, de enmienda. Acabó por descuidarla y por tratarla con cierto menosprecio, al menos respecto del trato que daba a sus demás hijos. El padre, quien desde mucho antes sabía a que atenerse acerca de la falta de inteligencia de su hija, se contentaba con tratarla ásperamente y reprender todos los descuidos, con esa grosería propia de la gente de nuestro pueblo.

* * *

En la escuela, Natalia nunca fue una lumbrera, aprendió a leer y a escribir a mal y mal cabo; y las únicas materias de su agrado fueron las de historia y las de geografía. Cuando supo que el mundo era tan grande, con su imaginación se trasladaba ya a un país, ya a otro, y en cada vez tejía una novelesca historia de la que ella era siempre la heroína. Pero esta facultad soñadora le quitaba toda aptitud para conducirse bien en sus relaciones con las profesoras y con sus compañeras: las primeras creían en la comprobada tontería de Natalia y no hacían mayor atención de ella; y las segundas aprovechaban de su aliamiento para burlarse poniéndola motetes, dándole pellizcos disimulados, halándola de las trenzas del pelo y en fin haciéndole esas mil perrerías con que en los niños se muestra tan a las claras la maldad y perversidad humanas.

Paciente y buena se contentaba con que le dejaran en algún rincón a rumiar sus pensamientos: allí canturriaba viejas canciones que oyera a su madre o a las criadas o se entretenía en forjar esas historias que eran su encanto. En cada vez que se reanudaban sus vagares, tomaba el

hilo de la historia en el lugar que lo dejara la vez precedente y aumentaba otro episodio. Cuando llegaba a un cierto límite, su pródiga fantasía le proporcionaba una nueva trama que duraba días de días.

Pensaba, por ejemplo, en el viaje a la Arabia, el país de las mil y una noches. Ella iba en medio de una numerosa comitiva ob e la jiba de un camello dócil y fuerte. Otros muchos camellos iban cargados de ricas telas y de objetos preciosos. Al descansar en el oasis, bajo la sombra de una graciosa palmera, los esclavos, de quemada tez y ojos ardientes, tendían en la arena una mullida alfombra, mientras guerreros vigilantes, que se disputaban sus miradas, hacían la guardia. Y al redor de este tema las escenas se sucedían sin interrupción y en feliz encadenamiento, hasta que agotado comenzaba con otra historia.

Sólo una vez su ensimismamiento inofensivo se quebró. Era una tarde que en confuso revoltijo jugaban las niñas. Alejada permanecía Natalia, de quien la esquividad era la burla común. Una chiquela llegada de un pueblo vecino contemplaba cohibida el juego de las demás, con buenas ganas de tomar parte, pero sin atreverse a ello; cuando la niña más mala de la escuela, una jorobadilla endiablada, por lo envidiosa y ruin, comenzó por hacer morisquetas a la forastera y concluyó propinándola una tanda de pellizcos que se tradujeron en ayes de la martirizada y en alegres risas de la tiranuela contrahecha. El juego hubiera durado quién sabe hasta cuándo, de no acontecer que Natalia que contemplaba la escena se sulfurara y marchara contra lo jorobada a soltarle unos cuantos sopapos que la pusieron en fuga, por mucho que engallada quiso resistir al principio. Al sentir lo pesado de la mano, creyó más prudente retirarse lanzando la flecha del parto: "¡quién se mete con esta tonta!"

Natalia levantó los hombros desdeñosamente; se acercó a la forastera que la miraba con ojos agradecidos, le dió dos palmaditas en una mejilla y se retiró otra vez al asiento que ocupaba antes, a seguir en sus ensueños. Pero desde entonces, la jorobada y las demás niñas se recataban de Natalia para cometer esas pequeñas perversidades de escuela, que es el latente resabio de la humanidad primitiva; y como llegaron a comprender que era peligroso burlarse de "la tonta", las burlas cesaron; nadie se atrevió más a pellizcarle y tocarle el pelo y comenzaron a mirarla con un respeto temeroso.

No tuvo *queridas* y le disgustaron los chicoleos con ningún muchacho. Estos comenzaron por admirar la creciente belleza de Natalia; pero, despechados, se desviaron de ella, abandonándola por desdeñosa y fría o, por tonta, como a menudo la calificaban.

*
*
*

Catorce años bien contados tenía cuando dejó la escuela. Alta y gorda, sus formas iban contorneándose; pero esa especial maceración que se ejercía con sus pensamientos, le dió una agradable palidez. Apesar de todas sus contemplaciones, de su intensa vida interior, el aire puro, la sencillez de la vida, la robustecían admirablemente. Respira-

ba salud, vida y fuerza. Calmado el ardor sentimental de la niñez, fué poco a poco entrando por la insípida monotonía y las exigencias de la vida; o más bien, tanto sus padres y hermanos, como ella, llegaron a un acuerdo implícito respecto de sus obligaciones y comportamiento. Una especie de desvío de parte de sus allegados le mantenía alejada del trajín diario de la casa, del cual tampoco Natalia se enteraba completamente.

Y así transcurrieron los años. Natalia era casi desconocida en el pueblo, al cual salía poco y sólo raras veces consentía en acompañar a su madre en las visitas que tenía que hacer y en las que desempeñaba un papel desairado; pues hablaba recelosamente y atropellándose, no podía dar oportunidad a las palabras y no tomaba ningún interés por las habladurías que apasionaban a la tertulia. Cuando se tocaba un poco de música respiraba satisfecha y se recreaba blanda y agradablemente haciendo acompasar la música con su pensamiento. Cuando alguna niña entonaba de manera melodramática—¡oh las deliciosas e ingenuas veladas de provincial—esas canciones populares de fogoso romanticismo, Natalia se ponía pendiente de los labios de la cantadora; su alma se entregaba al bello encantamiento melódico y a la dulce y mentirosa dicha que prometían las palabras de la canción, que hablaban de amor y de dolor, con tan exasperado ardimiento que se fundían los sentidos todos en el anhelo imposible de algo prodigioso, pero que no se alcanzaba a comprender.

Esas canciones entonadas al compás de una alegre guitarra o de un piano desvencijado, tienen un encanto indecible: tienen la virtud de suministrar en la plácida melancolía de la espera, y más tarde, cuando los años han pasado barriendo ilusiones, quebrando las alas de la ingenua alegría, se recuerda con placer la canción que dió al viento la nota frustrada de un anhelo que se abandonó por el vergonzoso pudor con que las almas se abren a la vida.

No se le ocultaban a Natalia, cuando a esas reuniones asistía, los enamoramientos y las escondidas trapacerías de las niñas, que se entretenían en hacer guiños y letras de mano a los amartelados galanes que apenas podían hablar y moverse en el lado opuesto de la habitación. Muchos de esos coqueteos, o casi todos ellos, eran el prólogo de duraderas uniones. En los pueblos, el amor no encuentra complicaciones: después de poco tiempo del indispensable escarceo galante, del idilio de ventanas afuera, la iglesia calmadora de apetitos desordenados, bendice los noviazgos y los une con lazos irrompibles. Es necesario que el galán haya vivido en la capital o en una ciudad importante, para que la niña quede burlada. Aquella a quien tal desgracia aconteció esconde su vergüenza con el más grande arrepentimiento, porque la población no consentiría una unión ilegítima a la que se le pudiera conceder alguna consideración o la honra de alternar con la demás gente, sin mengua para todos.

También Natalia hubiera querido amar. Más bien dicho, tenía la-

tente la facultad amorosa, y sólo necesitaba de la ocasión. Pero en su concepto el amor era una cosa tan sagrada como el sueño, como ese divino sueño que era el objeto y el halago de su vida. Amar con toda la fuerza de que es capaz un sér humano, transportarse en el dichoso encantamiento para subirse a regiones altas y desconocidas, en las cuales deben residir los dioses, los ángeles u otros espíritus superiores. Natalia amaría también; pero cuando eso le llegue, cuando el objeto digno de adoración se presente, le entregaría su alma y su cuerpo por entero y eternamente. Se indignaba de que se tomara el amor como pasatiempo. Se indignaba de que las niñas ocultaran su pasión. Ella lo proclamaría a la faz del mundo con orgullo legítimo, con noble franqueza.

Natalia que no sabía que el amor es cruel y terrible, lo imaginaba como una flor, como un perfume, como algo delicadamente primoroso y blando, como algo provocador de languideces y ensueños deliciosos. Pero, ¿cómo conocer la llegada del amor? se preguntaba temerosa y no atinaba a responderse. Pertenecía a esa clase de seres que tienen el pudor de la curiosidad y que tratan de obtener los conocimientos por una autoeducación, por trabajosa que sea. ¿Sería amor la frivolidad que ponían las niñas que ella conocía para entretenerse con el primer llegado en el juego amoroso de miradas, palabras y señas, y después reirse del pretendiente y componer la misma pantomima con otro? No, por Dios. No podía penetrar en la ambigua frivolidad del dios ciego, que se complace en lanzar dardos que producen placer y dolor. Ella amaría con un amor intenso, con todo su sér; si se estaba consumiendo en la espera, ardería toda a la presencia del objeto amado. Pero ¿dónde estaba el amor? No sentía el impulso divino que hace desfallecer; por causa de su misma imaginación brillante y voluntariosa, soñaba en palacios y jardines como no los había visto, así como en un hombre que no se parecía a ninguno de su pueblo: el Príncipe Abril con cara serafinesca, rubios cabellos, ojos chisporroteantes y azules, fino, elegante, de voz acariciadora y manos suaves. Mas ¿dónde estaba ese hombre? No era muy fácil encontrarlo. En el cortejo habitual había mozos simpáticos, pero pueblerinos, morenos, de manos sudorosas y encallecidas por el trabajo, de voces roncadas y estrepitosas, de bocas manchadas por el cigarrillo y aplebeyadas por el escupitajo.

Mientras tanto, todas sus amigas y conocidas se iban casando o formalizando sus compromisos: había algunas que se hallaban orgullosas con pequeñas criaturas, hijas de su carne y de su amor; muñecos hermosos que daban la supervivencia y que encendían otra vez la ternura amorosa. Y Natalia pensaba con una vaga tristeza en esos niños gordezuelos a los cuales se les aduerme en el regazo y se les ampara en la vida. Y la carne joven y robusta, enardecida por la ensoñación, se extraviaba en oscuros presentimientos por el camino del placer y del amor.

Todo esto iba de brazo con su quimera; pero tan remota, tan impo-

sible se mostraba, que después de una crisis de angustia en que el alma se siente desamparada en el mundo, sus sueños cambiaron de rumbo y se hicieron humanos; plegaron las alas y descansaron en la tierra. Siempre el revés del sueño es la vulgar y ceñuda realidad. Y la realidad fué en esta vez un lejano pariente que llegaba de tarde en tarde a su casa y que menudeaba las visitas desde que Natalia, haciéndose mujer, se embellecía.

Más de uno andaba tras de la morena pálida y romántica; pero, no su desdén, sino su frialdad hacía correr al fin a los galanes, quienes al chocar contra esta indiferencia, que podía ser insensibilidad o soberbia, la dejaban para irse en pos de amores más fáciles. Natalia no hizo caso de estos desvíos y por el contrario le gustaba la paz en que le dejaban para pensar en el enamorado ideal, que un día pasaría bajo sus ventanas, diciéndole dulces palabras que tan anticipadamente resonaban en su corazón, con un sonido vago y grato.

Cualquiera que hubiera sido el galán que estuviera requiriéndole en el momento en que su espíritu se aplanó, se allanó a la realidad, encontrara gracia ante los ojos de Natalia, que parecía que se abrían por primera vez. Y vió al lejano pariente y creyó que, si el amor era hermoso, podía ensayar la conquista con este muchacho fornido y tostado de piel, que iba pregonando salud y alegría. No era su tipo, menos su ideal; pero podía ensayar, podía acostumbrar a su corazón a que se amoldara al medio, a lo que podía encontrarse, sin exigir cosas imposibles. Verdaderamente había perdido mucho tiempo, y si como en el cuento el monje aquel se pasó, como si fuera un momento, trescientos años oyendo cantar a una ave maravillosa y cuando regresó del éxtasis el tiempo no había pasado por sobre él,—no era menos cierto que tanto desmenuzar idealidades y sueños, muchas ilusiones habían comenzado a envejecer, aun cuando las rosas de las mejillas permanecían frescas y firmes.

Y gustó del espejo; y las flores eran escogidas con amoroso esmero para colocarse en los cabellos; y los vestidos eran más cuidados. Hasta un afán comunicativo y una alegría parca aún, le visitaron transformándola en parte y haciendo extrañar a los que la conocieron tan reservada y tan ida de pensamientos.

Manuel—así se llamaba el pariente—se sintió acogido y menudeó visitas y atenciones. El mozo al acercamiento de la carne joven, fresca y hermosa, sintió un revivir de deseos y un revuelo incontenible de pasiones. Para él, todo esto no era sino amor, loco, desenfrenado. Si llegaba a faltarle moriría seguramente. Era una adoración, una idolatría, por la muchacha desdeñosa que consentía en sonreírle y no le rechazaba con la frialdad en ella proverbial.

No era mucho el camino andado: palabras afectuosas, paseos tranquilos, vistas a un futuro. Conversaciones triviales, de esas que forman la trama del vivir pueblerino; el recuento de los noviazgos; el adormecimiento de los amores ya consagrados por la ley; nonadas, en fin;



pero que servían de pretexto para sentarse al lado de la mujer amada, para ir a su vera en los paseos que bajo el ojo vigilante de la madre daban por las callejuelas desiertas y sombrosas.

Manuel llevó una noche un *sereno*: un cantor que al son de una guitarra entonaba canciones amorosas. Hasta entonces había conservado este principio de correspondencia al amor loco que tenía para Natalia, con sumo pudor, recatándolo de las miradas indiscretas; pero esa noche se encontró con un amigo con el que fué a un café: allí se hizo un corro, se tomaron copas de aguardiente, se habló de amor y Manuel que hizo el esfuerzo de callarse, terminó por comprometer a un cantor para dar una serenata. El cantor se prestó con gusto, porque no le conocía ningún amor y era la oportunidad de descubrirlo. Lo menos que podía pensar era en Natalia, la que había deshechado todos los enamoramientos.

La noche era tibia, serena. Las callejuelas que tuvieron que atravesar para llegar a la casa de Natalia, tenían algo de misterioso, por lo desiertas y por la sombra que proyectaban los capulíes sembrados tras de las tapias. Algún perro celoso, que sentía el paso de los serenadores, aullaba lastimeramente. Los gallos vigilantes, cantaban alternándose y perdiéndose en el extenso campo, como si de trecho en trecho comunicaran una noticia que se quisiera que llegue a un lejano país.

Templada la guitarra cantó el mozo una canción melodiosa: eran tal vez versos de Peza, de Flores o de Acuña, poetas que llegaron a conmover la sinceridad ingenua: el *Nocturno* sirvió muchas veces para que los enamorados hicieran dulces llamamientos a la mujer amada en la triste quietud de la noche. Canciones que se dicen con religioso fervor, que suenan como plegarias y consuelan como oraciones santificadas. En ellas se encuentran las palabras que se quisieron decir y no salieron en la ocasión, del fondo del pecho; con ellas se traducen las ternezas y las penas, los anhelos y los tormentos del amor. Poetas claros y sentimentales; poetas diáfanos que sin ser vulgares se eternizan entre el vulgo; poetas humanos que saben llegar al alma de las multitudes. Los más altos poetas llegaron al pueblo para adormecer su pesar y su cólera, para decir de sus querer, para hablarle de sus ilusiones. La *Barquilla* de Lope de Vega y aun fragmentos de ese poema de Espronceda, *El Diablo Mundo*, en el que tanto quiso ahondar en el tormento de la vida, se repiten y se quedan en los labios del pueblo. Hay otros poetas innominados, que dieron la flor de su poesía y luego se ocultaron para que no quedara sino el suave perfume del verso trémulo de candor o brillante y ampuloso, que fué a herir el sentimiento de la humana unanimidad.

Y la canción brotó como un suspiro, como un ruego, como una terneza. Manuel, al oír la canción, sentía humedecerse los ojos; otro cantaba, pero era él en realidad quien decía esas palabras de

amor. Sus ojos húmedos brillaban aguzándose en la sombra para tratar de descubrir la ventana tras de la cual podría aparecer la dama de sus pensamientos. La ventana hosca era un relieve en la oscuridad y se mostraba agresiva.

La canción iba a terminar cuando se oyó el chirrido de las maderas de la ventana, que se abrió un breve espacio, y la cara de Natalia asomó tras de los vidrios. Manuel sentía un escalofrío medroso y no sabía si debía sonreír o esconderse. Fué una aparición momentánea del rostro tras del vidrio; la ventana volvió a cerrarse; la canción languideció y un hondo suspiro de amor y de inquietud se oyó en la noche.

Y no hubo más. Regresaron al centro de la ciudad: embromón el cantor, ensimismado y soñador el enamorado. En una taberna retardada se tomaron una copa de aguardiente y se separaron. Manuel entrevió una esperanza y cuando llegó a su casa y entró en el lecho se durmió como un bendito.

Y su sueño era ligero y rosado. No hay dicha comparable a la del instante. Cuando los años pasan, puede comprobarse que el amor, la riqueza, la gloria, no producen sino dicha momentánea; al fin nada vale la pena de la intensidad que se pone en ciertos momentos de la existencia. Manuel estaba bajo el encanto de la hora, y soñaba dichoso. Soñaba. Todos los sueños de la juventud, cuando el amor canta su aria de esperanza, se parecen. Iba con Natalia por un inmenso campo; trenzadas las manos, llenos los ojos de promesas y destilando palabras de amor los labios. Así anduvieron mucho trecho y se pasarán la vida sino hubiera sido porque de pronto la Natalia que iba a su lado se transformara en una vulgar comadre a la que tenía cordial antipatía; el llano se enriscaba, y a lo lejos, entre unas altas lomas, aparecía Natalia que con la mano le hacía señas llamándole. No podía resistir a este llamamiento y su deseo hizo el milagro: moviendo las piernas como si montara en una bicicleta aérea pudo elevarse del suelo y volar en pos de la amada. Cuando estuvo muy cerca, ella dando una gran risa echó también a volar, huyendo de Manuel. De tiempo en tiempo se regresaba a verle y se sonreía. El hacía mayores esfuerzos para alcanzarla y cuando ya parecía tenerla bajo sus manos, el vuelo se retardaba y Natalia se alejaba velozmente. Iban así por el aire; los ríos corrían como cintas de plata y las llanuras y los montes ambulaban de manera fantástica, recojiéndose, achicándose, perdiéndose. . . .

Cuando vuelto del sueño, pensaba en la significación que pudiera tener, una inquietud le entristeció: ¿no podría obtenerla? ¿no sería suya? El tiempo iba a decirlo; mientras tanto esperaba confiado, pero no sentado. Y se enredaba en planes de conquista, en la manera de rendirla, en el modo de alcanzar este amor que tanto había ambiciona-

do, que tan lejano le pareció un día y que, de pronto, se le acercaba riente y bondadoso.

* * *

Si las miradas amorosas y los suspiros habían dado a entender a Natalia suficientemente, que era objeto del más decidido amor, la frase de ritmo eterno no se había pronunciado aún. Natalia la esperaba y la temía. Su imaginación pródiga se puso más despierta que nunca. Bajo el árbol favorito de su huerto oteaba los campos y los caminos. ¿Esperaba que por ellos asomara Manuel? ¿Esperaba que viniera el deseado, el caballero gentil de sus eternos sueños? Sentía que se encontraba al frente del destino, y era preciso reunir todas las fuerzas para buscar la decisión; reñir la última batalla con sus sueños; abandonar las viejas y queridas ilusiones. Casada con Manuel le esperaba la monotonía de la vida de pueblo; las escenas vulgares; la maternidad fecunda; las tareas groseras. Era preciso matar las esperanzas para entrase por una realidad sin imaginaciones. Y arrancar un sueño es matar un gozo, - quitar del corazón todo un venero de dichas. El rosal que avieja sus flores por un exceso de savia, debe sentir el pesar de perder la hermosura, para quedarse esquelético en medio de la llanura verde.

Días de lucha en los que el alma de Natalia no se resignaba a abdicar su reino interior, a renunciar la vida que escogiera en sus meditaciones. Era un porvenir tan risueño, frente a la realidad incierta, pero siempre vulgar; y su alma se rebelaba y su voluntad hacía un último esfuerzo para combatir la claudicación. De otra parte, ¿no estaba desperdiciando sus años de florida juventud en una espera que la agostarían tempranamente? ¿No estaba soñando en un imposible? ¿No sería la dicha como esas hadas de apariencia vetusta y repugnante que en los cuentos se convertían de pronto en las más hermosas princesas? Nerviosa, pedía una respuesta a las humildes flores de los campos que iba despetalando como si fueran agoreras margaritas. Sin esperar la respuesta, estrujaba las flores con ira y las arrojaba lejos: los pétalos blancos, rojos o gualdas, volaban como pedazos de cartas enojosas.

Era necesario pedir la respuesta al destino, era preciso interrogar a los campos y a los montes; cogió el manto y seguida del fiel perro que le acompañaba a todos sus paseos, salió en busca de la soledad más agreste. Pasó las últimas calles del pueblo; se acodó en los pasamanos de un puente, bajo cuyos arcos corrían apacibles las aguas cristalinas: flores amarillas decoraban la verdura de las márgenes y en las piedras, que estorbaban el paso de las aguas, la ropa lavada blanqueaba. Una acequia salía del río para el lejano molino; la ruta que recorría la acequia estaba señalada por la hilera de *sigses* que agitaban sus penachos al viento.

Ver correr un río es como ver correr la vida; una suave ternura se entra por el alma al pensar en los días que no pueden volver y en las aguas que se alejan inconscientes, para siempre. Natalia seguía con interés el curso de las aguas que burbujeando se deslizaban por entre las guijas. A veces en algún diminuto remolino, una hoja o un pétalo de flor, daba vueltas sin poder escapar. Natalia no permanecía ya en sus pensamientos sino que se angustiaba por la hoja prisionera y una sonrisa brotaba de sus labios cuando lograba escapar del remolino y seguir y seguir: ¿a dónde?

La escapatoria de la hoja era un sedante y un narcótico para sus inquietudes. Descargada el alma ante la naturaleza plácida, ya no pensaba en nada sino en andar, en mirar con ojos vagos las cercas erizadas de púas de los pencos polvorientos, de un verde opaco, y el camino penoso que se alargaba y se envolvía en eses caprichosas, en espirales, en interrogantes.

Se encontró sentada junto a una fuente, la hermosa fuente, la preferida en sus paseos: era un ojo cristalino que salía de lo hondo de la tierra. En el punto en el que brotaban las aguas, burbujas de arenas azuladas se removían llegando casi a la superficie; pero, se decía que jamás pudo encontrarse fin a ese agujero que venía de muy adentro de la tierra, filtrando el agua, que asomaba en la superficie con una asombrosa transparencia. La pureza y la profundidad de las aguas llamaban al misterio: la gente buena la poblaba de leyendas; los indios que ejercían prácticas ocultas, se bañaban en las noches del sábado, a horas en que rara vez el ojo indiscreto podía sorprenderlos. Tal vez un erudito hubiera querido ver a las náyades en las plantas acuáticas, de hojas largas y azules, que se mecían en suaves vaivenes, sin sobresalir de la superficie.

Tener hondura y claridad; ser transparente como el agua y salir desde muy adentro de la tierra, qué mayor gloria! Natalia se sentía formando parte del ambiente; si el paisaje familiar le era querido, sabía también que, como la fuente, ella tenía sus raíces en esa pobre tierra; ella había nacido como brotan los maizales en las llanuras y en las vertientes de las lomas. ¿No eran sus ojos, que podían otear y recrearse en la hermosura de la naturaleza, dos fuentes vivas que salían de su ser tan vinculado al cuadro campestre? Y veía el monte que se elevaba aislado y solitario; pero no hosco, sino como un viejo bueno. La gente de campo le llamaba "el taita", el padre; contaba que en el cráter apagado de ese monte vivía un viejo venerable, que era una especie de genio protector y benéfico. Una antigua convulsión había desgajado unas rocas que formaban como la ventana de una ruina colosal; era la ventana de la casa del viejo monte. Alguno había subido hasta allá: el anciano le recibió bondadoso y campestres imaginaciones! decían que después de agasajarle le concedió el regalo de unas amarillas mazorcas de maíz y de unas cristalinas de morocho. El

maíz resultó ser oro y fueron perlas los granos del morocho. Y esa alta ventana era un acicate de prodigio y de esperanza para la gente ingenua y pobre.

El viejo del monte se mostraba también de otras maneras y en otras formas: hijos suyos eran los niños de tez blanca y sonrosada que parían las indias jóvenes. Acaso estos procreadores misteriosos no eran sino los rijosos propietarios de haciendas; pero entre la gente india, el niño que salió de otro color que el cobrizo suyo, no era sino hijo del padre monte o del tornasolado *cuische*.

También el monte era una divinidad: cuando el verano se prolongaba resecaando por demás los campos y matando las semillas, o cuando el invierno crudo hacía imposible las siembras, largas hileras de indios iban en peregrinación a los primeros contrafuertes del monte, y allí, en rito sagrado, en rito trasmitido desde la más remota tradición, abrían un surco y depositaban en ofrenda frutos y exvotos, y se alejaban salmodiando una plegaria en la lengua autóctona. Siempre el monte hizo el milagro que se le pidió.

Allí estaba lleno de negrura y de altivez, mostrando en los surcos de lava que le atravesaban formando una V gigantesca, que en un tiempo ardió en un fuego destructor. Acaso entonces, en un tremendo patallar de cíclope, abrió a sus pies la laguna que hoy rizaba sus aguas blandamente; acaso entonces cubrió de desolación los campos que hoy verdegueaban sonreídos.—Los montes no sólo en la imaginación popular ejercen tan poderoso influjo: todo hombre los mira como algo enaitecedor y los recuerda en la ausencia con añoranza.

* * *

En busca de la amada fué Manuel. Era necesario que las palabras definitivas se pronunciaran; era preciso que ella le oyera y que él le dijera lo que sentía. Armado de valor se dirigió a la blanca casita de Natalia; cuando pasaba los umbrales, el corazón le latía con violencia extraordinaria y estuvo a punto de retroceder. Calmado con un momento de espera siguió adelante y casi se alegró cuando supo que Natalia no estaba allí. Saludó a la madre, entendió el afecto con que esta le trataba y se despidió después de pocos momentos; pero no regresó a la población, sino que una secreta atracción le llevó por el mismo camino por el que había ido Natalia. En busca de soledad iba; en busca de soledad en la cual rumiar sus esperanzas, porque la soledad sirve tanto en el dolor como en el placer, cuando al voltear un recodo del camino tuvo esa impresión temerosa que ya había sentido en ese día: una mujer estaba a orillas de la fuente; le veía sólo las espaldas; un perro campesino echado a los pies de la mujer era como una esfinge guardadora de un secreto. Si Manuel no la reconociera por el palpitar de su corazón, no hubiera sido un buen amante.

El perro, al sentir la presencia de un extraño, se levantó apresurado

y hostil; mas, al reconocer a Manuel, movió la cola amistosamente. Natalia se arrancó de la abstracción en que estaba y volvió la vista hacia el que venía a turbar su meditada soledad. Manuel, pálido como un muerto, se acercó a Natalia.

Hubo una pausa; ninguno quería turbar el silencio. Comprendían que estaban frente al momento decisivo. Además ¿cómo principiar? Al fin se dijeron palabras vulgares, hasta que Manuel, encendido en un súbito ardor, se sintió con un ánimo del que nunca se creyera capaz; y la confesión, y la súplica y el requerimiento, brotaron fogosos y elocuentes. Natalia sonreía; se sentía conquistada por tanto amor; se sentía vencida por el hombre que al tiempo que hablaba mostraba su musculatura robusta; y así se sintió apretada y enaltecida como un trofeo de victoria contra el pecho palpitante del mozo y recibió con dulce arrobamiento, vencida, el beso de fuego que depositó en sus labios.

Después, Manuel, agotado por la emoción, sintió aflojarse la tensión nerviosa; dejó a Natalia en el suelo con el respeto con que luego de un transporte místico se podría dejar a una santa en el altar; corrido y gozoso de su audacia, apenas si conservó en las suyas una mano de Natalia, mientras regresaban por el camino polvoriento y pardo. La gente que les veía pasar sonreía ante este par de novios que luego harían bendecir su unión en la iglesia. Manuel dejó a Natalia en la puerta de la casa, y al perderse en la calleja iba regresando a ver a la muchacha que permaneció en el umbral hasta perderlo de vista.

Pronto corrió en el lugar la noticia del noviazgo; las amigas embromaron con ello a Natalia, quien a pesar de la costumbre que tiene la campesina, y en general la mujer de pueblo, de negar a todo trance el compromiso, de miedo de que deshecho por cualquier circunstancia le quede la burla, lo confesó y dijo que el matrimonio se verificaría muy pronto.

Días deliciosos siguieron: Manuel consagró los días y las horas a amar a su novia. Todos los días iba de visita. En las primeras veces las visitas tenían lugar delante de la madre: languidecían en lugares comunes, en miradas, en suspiros. Natalia no se resignó a ello; el noviazgo lo concebía de otro modo: palabras cálidas y arulladoras, actitudes de éxtasis, fervores locos, rendimiento dulce. Pronto se ingenió de manera de recibir las visitas sola y a la sombra de su árbol preferido, desde donde tantas veces había oteado el horizonte y preguntado a las nubes por su destino. Allí el pobre muchacho le decía confuso sus pensamientos y los proyectos que hacía para lo futuro; besaba las manos de Natalia; corría por el jardín en busca de flores para derramar sobre la cabeza de ella; se quedaba embobado al oír la risa de la mujer, y asustado, confuso y lloroso, en los momentos de meditación y seriedad que a menudo tenía Natalia y en los que el mozo la sentía muy lejos de él.

Pero en un lugar pequeño los noviazgos no pueden durar mucho tiempo; el matrimonio es una consecuencia inmediata e irremediablemente fatal. Un noviazgo es una comidilla popular que es preciso satisfacerla lo antes posible. Los padres de Natalia así hicieron conocer a los jóvenes: ella se encogió de hombros y torció disgustada el gesto, como siempre que la realidad le salía al encuentro; pero Manuel comprendió que era lo justo y se puso a recapacitar sobre la manera como debía proceder para poner la nueva casa y continuar la vida. Tenía varios terrenos, que su padre, muerto ya algunos años, le había dejado en herencia, y era dueño de un poco de dinero que constituía su capital y que lo tenía girando en pequeñas transacciones de compra de ganadería o de artículos alimenticios, que luego los vendía obteniendo ligeras ganancias, que eran suficientes para crearle una situación desahogada en la *aurea mediocritas* de la mayor parte de los pobladores de esos lugares, en los que los verdaderamente ricos eran pocos, y de éstos las tres cuartas partes vivían en la capital de la República y la otra cuarta parte se componía de acomodados lugareños que, sin duda, por la laboriosidad empleada en allegar el dinero, tenían por éste tanto cariño que no podían salirse de un trato pobre, como de los más pobres del pueblo.

Para preparar el hogar tenía necesidad Manuel de visitar sus terrenos, recoger dinero, hacer compras, y para todo esto ausentarse del lugar por algunos días. En eso convino con Natalia, quien lo consintió casi indiferente; pero cuando se despedía para su pequeño viaje, ella le estrechó las manos con alguna efusión y le encargó procurara volver pronto; advertencia que llenó de placer al mozo, quien no tenía otro pensamiento que el de la dicha que se avecinaba. Se dice que no existe la felicidad: la felicidad existe; está en nosotros mismos; no es preciso sino que la finjamos siempre que de ella tengamos necesidad. Una mujer, una sonrisa, un rayo de luna, según la situación y el temperamento, serán todo lo que el corazón y el alma busquen en un instante dado, aun cuando más tarde esa mujer sea un tormento o el hombre que la mujer amó sea un dolor, la sonrisa mueca fingida y el rayo de luna resfío perjudicial.—De los idilios no se ha escrito sino la primera parte, acaso porque la historia no es sino el triunfo de la sensibilidad: la otra parte, aquella cuando la faz se arruga y el pelo se encanece, se la olvida, para no matar ninguna esperanza.

El mozo volaba en alas de su imaginación y corría al trote de su jamelgo, que le llevaba por alquerías y pequeñas poblaciones: allí un gañán que tenía que responder por un número determinado de ovejas; más allá la troje repleta de granos para la venta; aquí la deuda de un campesino; allá el dinero que se tomaba adelantado por cuenta de una cosecha.

No era mucho dinero el que reunió, ni era menester tanto para el matrimonio que se preparaba. La madre de Manuel recibió con el mayor placer la noticia del matrimonio de su hijo: nada considera mejor

el campesino que la formación de un hogar en el que crezcan los hijos y se forme la familia numerosa. El campesino no tiene miedo a la prole, sabe que cada hijo viene con su haber y que todos contribuirán más tarde para el mantenimiento de la casa: no sutaliza ni piensa que un hijo es la continuación de un dolor, la cadena de infortunio que los hombres egoistas y necios no quieren romper. Además, Manuel estaba en estado de casarse; es de suma inconveniencia la soltería prolongada que no da consistencia al trabajo, porque el corazón sediento de amor no se resigna a la pureza meditativa de la tierra de labranza, que pide paz y sosiego. En este caso, aun más, había otro punto de consideración para alegrarse: *la nuera*, la hija que iba a traer Manuel, era de su misma sangre, era la fécula de la misma raza; aunque la familia de Natalia se había alejado del campo, en algún tanto, no podía nunca mirar ese campo con ojos hostiles. Además, ¿por qué no? era necesario alguna vez el éxodo a las ciudades; ojalá los nietos hechos doctores y gozando de comodidades, gracias al dinero arrancado con afán al seno de la tierra, elevaran a la familia. De todos modos, la casa solariega estaría en el campo y a ella podrían regresar cuando la ciudad llegara a quitarles salud y alegría.

* * *

Natalia se preparaba también para la boda: su estado medio sonambúlico permanente no le permitía ninguna efusión; pocas de sus costumbres se habían cambiado. Pensaba alguna vez en la vida futura y a la verdad, soñadora siempre, no le satisfacía el giro de su sueño presente, que le amenazaba con dejar de ser sueño para convertirse en realidad, ¿triste, alegre? ¿quién sabe? ¿quién podrá ahondar en el misterio del porvenir?

La madre le perurgía con las llamadas a la realidad; era necesario prepararse para el acontecimiento, comprando por lo menos la ropa que fuera más indispensable para llevar a la nueva casa. A ello salió un día Natalia, mal de su grado.

Entraron en diferentes almacenes; recorrieron muestrarios; los acucios dependientes les presentaron varias y hermosas telas que las hacían flamear como banderas de tentación. Si Ulises supo descubrir a Aquiles mostrándole armas escondidas entre ricas telas, aquí hubiera fallado la astucia del gran itacense: Natalia no manifestaba ningún interés por las telas que le presentaban; lo que hubiera querido ese momento era correr por los campos e ir a sentarse bajo la sombra de su árbol, compañero de cuitas, a decirle de sus desasosiegos y de los oscuros presentimientos que le acometían sin saber por qué. La madre iba escogiendo las cosas y comprándolas.

Ya casi se había hecho la adquisición necesaria, cuando una comadre, después de alabar la hermosura de la chiquilla que iba a casarse, les dijo como en esos mismos días habían llegado unos mercaderes ex-

tranjeros con artículos maravillosos y cosas nunca vistas hasta entonces. Debían ver eso; tendría que adornarse con esos primores el hermoso cuerpo de Natalia. Esta hizo un gesto de despreocupación y de cansancio, pero la madre conceptuó bueno el consejo y siguió la dirección que se le indicara.

Los mercaderes extranjeros eran tres sirios, turcos o judíos, descendientes de esos antiguos, inteligentes y valerosos fenicios, en todo caso, que en medio de trabajos y miserias, iban llenando con oro la talega, para volver a la lejana tierra de donde procedían o para gozar en la vejez de una suntuosa comodidad. De los tres, el uno era un joven que podía llamarse hermoso, con esa finura y elegancia de razas depuradas por siglos de civilización y conservadas, sobre todo, por el oficio delicado de escoger telas y ponerlas al trasluz para que luzcan los colores, de acariciar las manos con suavidad de la seda, de aprender la gracia en el capricho de los encajes. José se llamaba este joven mercader; José, como aquel de la leyenda bíblica, que adivinaba los sueños y enamoraba a las mujeres de los poderosos. La labia de mercader le hacía comunicativo y simpático; las mujeres gustaban de oírle encarecer las mercancías y los jóvenes del lugar buscaron su amistad y le llevaron clientes.

Al *baratillo* abierto por estos extranjeros fueron Natalia y su madre. Llena de negligencia Natalia, apenas si ponía atención a las compras, al principio; pero la voz cálida y persuasiva de José y su fisonomía abierta y graciosa, le interesaron pronto y más cuando al poner de manifiesto una tela o un abalorio se refería a las costumbres de otros lejanos países. La imaginación contenida de Natalia encontró ancho campo para revivir sus antiguos ensueños. Países lejanos, en los cuales había muchos jóvenes como éste; ciudades de encantamiento que la fantasía poblaba de maravillas; mares por los cuales surcaban los barcos llenos de cargamentos y de riquezas. El mercader quería persuadir y fascinar; además de que Natalia era una hermosa muchacha, fresca y apetitosa; José se dirigía a ella preferentemente y Natalia acabó por escucharle gustosa y embobada.

Cuando al fin salió del bazar se fué llena el corazón de una extraña dulzura; había tenido el encuentro de ese algo extraordinario que buscara en sus sueños. Era el hombre hermoso, acaso un príncipe disfrazado que recorría países en busca de una alma buena y pura; era la lejana ilusión que tanto había tardado, pero que llegaba.

Desde este día Natalia no tuvo más pensamiento que para su hermoso mercader. Al almacén volvió una y otra vez, como la mariposa fascinada por la luz, con el ardiente deseo de quemarse las alas en las palabras fervorosas que salían de los labios del extranjero; con la curiosa ansia de verle siempre. Esta simpatía inesperada no pasó inadvertida para el mercader, quien puso en sus frases más unción, tanto para acrecentar la venta, como por el natural donjuanismo de todo hombre cuando tiene a su alcance a una mujer. Su voz atropellada sabía con-

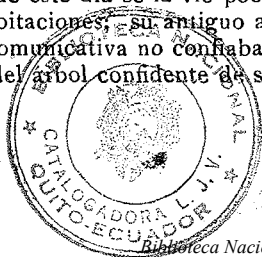
tar las maravillas de los países que él conocía y decir velados enamoramientos: que era muy hermosa; que el color de una tela le sentaría como a una reina; que cualquier hombre se sentiría orgulloso con saberla suya y mil otros chicoleos que tan bien sabe expresar esta gente de mostrador y que trastornaban la cabeza de la pobre pueblerina soñadora.

Natalia concurría con asiduidad a la tienda en la que era recibida no sólo como una antigua conocida sino como una amiga; José sabía estrecharle las manos de extraña manera y le hablaba con voz confidencial. El, hombre experimentado en lances de amor, pudo adivinar muy bien lo que pasaba en el corazón de la muchacha y de la frase velada pasó al franco enamoramiento, que era recibido con todo embeleso por Natalia; y como las escenas tenían lugar a presencia de los muchos compradores que desfilaban por el almacén y de los jóvenes amigos de José, la noticia de estos amores fué pronto la comidilla del lugar, cosa que poco le importaba a Natalia, acostumbrada siempre a proceder conforme con sus deseos. La madre le hizo presente su situación de prometida; pero ella puso poca atención a esta advertencia y continuó concurriendo día a día a ver al joven extranjero, y cuando no le veía, sus pensamientos se devanaban como en los mejores tiempos de sus gloriosas ensoñaciones. Sí, ella tan poco adaptada al medio, tocaba al fin al logro de sus ocultas y viejas aspiraciones; había llegado el príncipe soñado y se iría con él a extraños países. ¿Cómo? ¿Casada? Nunca se le pasó por las mentes averiguar estos insignificantes detalles: le amaba, era el cumplimiento de un anhelo y esto era suficiente. Le bastaría una palabra de él para seguirle.

José que bien hubiera querido tener una aventura más en su vida, estrechaba mañosamente el cerco; pero la noticia de una feria famosa en un pueblo cercano, obligó a los mercaderes a marcharse antes de tiempo y el enamoramiento quedó truncado. Cuando Natalia acudió a su visita acostumbrada se encontró con la triste noticia. De ser una mujer de ciudad se hubiera desmayado; de no ser tan tímida, hubiera declarado encontrarse lista a seguirle hasta el fin del mundo; pero pueblerina y tímida, se limitó a dejar correr un llanto asustadizo. José le aseguró que regresaría pronto y le pidió que le siguiera queriendo. ¿Queriendo? La vida toda era para él.

Y eso fué todo. Este fué el hermoso idilio de Natalia, del que no podría olvidarse ya nunca más. A la tarde los extranjeros desarmaron su tienda y se alejaron, aves de paso, llevadas en alas del huracán. Natalia quedó amargada de tristeza y con el amor desesperado de la ausencia.

Desde este día se la vió poco por las calles del pueblo; se encerró en sus habitaciones; su antiguo amor a la soledad se hizo misantropía; poco comunicativa no confiaba a nadie, y en su habitación o al pie del árbol confidente de sus antiguos ensueños, meditaba en el



querido ausente, en el hombre hermoso que le había llenado toda entera, en el sér que formado por su imaginación se había vuelto realidad cuando menos lo pensara, cuando su vida iba a cambiar de rumbo tan brusca y vulgarmente. Volvería el extranjero y le colmaría de la dicha anhelada. Vendría a buscarla y la llevaría a extraños y lejanos países; él se miraría en sus ojos, ella le adormecería con canciones cuando cansado del trabajo diario buscara el descanso, reclinando la cabeza en su seno. ¡Es tan fácil ser feliz mientras se sueña! Somos dueños de nuestra propia felicidad y, mentecatos, nos martirizamos buscando una realidad que no existe, anhelando formas de vida que son imposibles. Natalia esperaba el regreso de su amado; para esperarle se adornaría y compondría de modo que su hermosura fuera un señuelo más para el amor. Mientras demore el regreso viviría en la soledad del recuerdo y en la dulzura de la esperanza. No sabía que la dicha que pasa no vuelve nunca, o más bien que la imagen fugitiva no fué la de la dicha, porque la felicidad siempre está a nuestra vera y si no la vemos es porque somos ciegos, porque la ambición nos impulsa a descubrir lo que está lejos, sin fijarnos en lo que está rozándose con nosotros.

* * *

En tanto este pequeño drama de corazón se desarrollaba en el pueblo, Manuel, lleno de contento y esperanzas, ultimaba los preparativos para el matrimonio. Hombre calmado por la dulzura de la tierra y la faena diaria y constante, no abrigaba más ambición que la de tener a su lado una mujer hacendosa y buena, que le diera muchos hijos y cuidara de sus bienes mientras él permaneciera en el trabajo. La felicidad es un color de tantos matices, que lo que para unos es contento y bienestar, para otros es fastidio; aquellos que se han criado en el seno mismo de la naturaleza fecunda, no tienen, no pueden tener los arrestos ambiciosos de buscar nuevos horizontes: el campesino sale a regañadientes del terruño, aun sabiendo que va a conseguir un bien cierto. Allí ha nacido, en medio de la chacra del maizal esbelto o del adormecedor trigal, entre las ovejas vagabundas o los chotillos saltadores, y no quiere otra cosa. La ilusión de su vida será la de guardar un real sobre otro hasta reunir la cantidad suficiente para acrecentar su propiedad con la compra de nuevas tierras. La hacienda, siempre pequeña, nunca da la satisfacción de la hartura, pero es bastante para que el año se pase sinsabores.

Lleno de esperanzas regresó Manuel al pueblo, en busca de la amada mujercita que iba a ser suya; mas la desilusión fué inmediata. Natalia, muy seriamente, aunque condolidada de lo que decía, le declaró que no podía ser su mujer y no podía ser porque amaba a otro hombre. Ruegos, súplicas, ni el llanto sincero que corría por las mejillas del muchacho, fueron suficientes para hacer variar la resolución inflexible. Despechado, corrido y triste, Manuel volvió a sus pegujales, y tanta amargu-

ra le entró en el corazón y tan desolados le parecieron los campos sin la mujer soñada, que sólo el trabajo áspero y extremador pudo adormecerle la pena.

Este accidente, si doloroso, lo conceptuó Natalia como muy necesario; y desembarazada ya de este obstáculo, se entregó de lleno a sus ensoñaciones. Vivía pensando en el regreso del extranjero y en su dicha futura. Pero los días pasaban y el ausente no daba señales de vida. ¿Era un compromiso el que había contraído José? Seguramente, no; había dicho las palabras banales de amor que todo hombre pronuncia ante un buen palmito y nada más; que Natalia, la pueblerina ilusionada las haya recibido y entendido de diferente manera, de nadie era la culpa. El siguió en su andanza; errante pasó por muchos pueblos, en los que encontró a varias Natalias, más o menos soñadoras: unas cayeron en las redes del amor; las más se quedaron llorando cuando él partió; otras mostraron sonrisas picarescas a este don Juan mercader, que se dedicaba a la profesión del amor sólo en los ratos perdidos y cuando el comercio le daba tiempo para ello.

Natalia que en los primeros días pasó reconcentrada y como maceándose para el amor, conforme duraba la ausencia sentía que una extraña inquietud y una gran zozobra se le alojaban en lo íntimo del corazón. Vergonzosa, alucinada, hacía pequeñas escapatorias al centro de la población y entraba por las tiendas de comercio, pretextando alguna compra. Encontraba otros mercaderes; caras nuevas y desconocidas; pero no la que buscaba. Los mozos del pueblo se reían taimados al verla pasar, con cara sonambúlica, regocijándose de que la antigua braveza se hubiera convertido en el presente dolor. ¡Es tan difícil que otros sepan cuánto duele la llaga que se lacera en el pechol

Pronto se acostumbró la gente a estos paseos desolados de Natalia. Un día un burlón, por apuesta con sus compañeros, abordó a la muchacha, a la que le habló de un reciente viaje y de que en él había encontrado al extranjero, quien le recomendara sus recuerdos para Natalia. Al principio, Natalia, le miró hosca y huraña; pero como el que se ahoga y se agarra a una tabla, un resquicio de esperanza le llegó como una luz, y acabó no sólo por escuchar con agrado al mozo sino por preguntarle llena de anhelo por el ausente.

Se despidió un tanto aliviada de su congoja, mientras el mozo celebraba la broma entre la alegre risa de los amigos. Pero, desde entonces, la idea fija de Natalia le llenaba de sombras; el amor, la pasión se exacerbaban hasta hacerle daño; las noches las pasaba en un perpetuo rebullir de ideas y recuerdos, y los días, ojerosa y pálida, parecía un espectro un aparecido, en demanda de una oración. En estas circunstancias, su inteligencia no tenía la perspicacia suficiente para distinguir la broma o la burla, si en ella se mentaba al amado ausente. Su inteligencia, llena de fantasías antes, pero clara, se extraviaba, como quien penetra en la maraña de un bosque, en el cual, a poco trecho, se pierde

el sentido de la orientación. Aun se recogía y meditaba; mas, la urgencia de su amor, la hacía crédula y se prestaba fácilmente a la burla y a la zumba. La gente del pueblo que la veía pasar y reparar, como una alma en pena, sin la sensibilidad necesaria para juzgar del mal de amor, se regocijaba al ver a la muchacha que recorría las calles con el deseo de contar su dolor a todo el mundo y de averiguar a todos por el amado.

Así fué como la Natalia ensimismada de antaño, se convirtió de pronto en la mujer embrujada por el amor, que apagaba en sombras, cada día, su inteligencia. Pero como a pesar de todo, la guapeza juvenil subsistía, no faltó mozo que entre broma y broma pretendiera requerirla y enamorarla. Natalia rechazó indignada toda insinuación al respecto: ella no era sino para el venturoso José, para ese amor trahumante que no iba a volver tal vez, pero que tendría en su corazón todo el sitio. Y volvería, sin duda alguna; sus negocios le habrían llevado muy lejos, mas ella sabría esperar y sabría amarle siempre.

Cuando el engaño amoroso no tuvo resultado, se contentaron los del pueblo con desesperar y atormentar a la muchacha, la que con la obsesión del amor, con el fuego que la consumía, iba alejándose de la realidad, yéndose por los caminos por los que sólo saben conducir las grandes penas, desequilibrándose por momentos, a ojos vistas, con la exacerbación de su idea fija. Las viejas le atraían y formaban animadas chacotas haciéndole narrar la historia de su amor de pocos días, que se eternizaba en Natalia. La muchacha que cantaba al principio una historia sistematizada, tanto repetía concluyó por vivirla y por añadirle nuevos episodios, que eran el encanto de los regocijados oyentes, quienes la hacían circular por todo el pueblo. Los mozos le traían cada vez noticias del ausente y, lo que es más, impulsaban a Natalia para que enviara con alguno de ellos, que fingía un próximo viaje, cartas y regalos para José: ella entregaba al regocijo avieso, páginas temblorosas de cariño e ingenuas de amor; enviaba pañuelitos bordados por sus manos y dulces preparados con afanosos cuidados.

Esta comedia trágica duró muchos años, hasta que, no porque se diera cuenta de la burla de que era objeto, sino por fatal e irremediable apagamiento de facultades, se prestaba con menos complacencia a la malsana curiosidad de los conterráneos y gustaba más quedarse bajo la sombra de su árbol, viejo conocido, al que en desconcertado soliloquio le contaba sus amores y sus desesperadas esperanzas.

*
* *

Mientras tanto, el tiempo enemigo de los detalles, pasaba. Murieron los padres de Natalia; sus hermanos se alejaron y desparramaron llevados por la vida; ella sola quedó en la vieja casa, como una columna

truncada, que manifestaba en su ruina el antiguo esplendor. Pero el decaimiento incesante de Natalia dió asidero a los leguleyos de aldea, asquerosos pajarracos que se alimentan en las ruinas con cadáveres, para que con el pretexto de inventarios y otras diligencias judiciales se llevaran todo lo que había quedado como herencia a esta infeliz desheredada del amor.

Es un hecho comprobado que la inteligencia es la que mantiene la corrección física; cuando la luz que irradia en el cerebro se oscurece, los rasgos de la fisonomía se aflojan: los ojos pierden perspicacia, las mejillas se caen, los labios no pueden contraerse. Natalia fué poco a poco perdiendo aquella natural donosura, que en otro tiempo le había hecho ser deseada por los mozos y codiciada por los viejos: la cara perdió la tersura, la animación graciosa y el cuerpo se deformó con un andar pesado, irreflexivo, de persona pobre de pensamiento.

La gente se cansó de molestar a Natalia, la que olvidándose cada vez más de su pasado, apenas si podía repetir como un conocido rito, su historia de amor. Sin parientes y sin dinero, vivía de la compasión pública: entraba por las casas a prestar pequeños servicios, y unos por caridad y muchos por dolor de ver reducida a tanta miseria a la pobre mujer que pocos años antes lució hermosura y gozó de comodidades,—le daban alimento y habitación hasta el día en que Natalia se cansaba del alojamiento bondadoso e iba en busca de otro.

Los años pasaron con la indiferencia del tiempo que todo lo borra y sólo los viejos se acordaban de la desventura de Natalia.—En el pueblo se celebraba una fiesta, una de esas rumbosas fiestas en que hacen el gasto principal los indios, quienes al perdurar en una costumbre tradicional de cuando adoraban al sol y a la luna, o al monte cercano o a la laguna primorosa, reviven la escena bajo la advocación de un santo cristiano. Para el caso da lo mismo. Quienes se alegran son los curas, los buenos curas de almas, que encuentran un filón de oro en cada fiesta, en la que los sacerdotes son muchos y las ofrendas innumerables y cuantiosas. Y se alegra también la gente del pueblo que halla el motivo para no trabajar; y, sobre todo, los niños que encuentran el pretexto para no concurrir a las escuelas. Dos o tres días dura la fiesta que se celebra en honor de San Juan. La bella fiesta española, trasplantada a América se había desvirtuado completamente: a la capilla del Santo, situada cerca de la población, concurrían las diferentes parcialidades de indígenas que vivían en los alrededores; pero concurrían no para entrar en la capilla y venerar al santo, sino para “ganarse” la plazoleta que quedaba delante. Allí bailaban los indios al són de una música monótona y melancólica producida por unas flautas cortadas en carrizos. Los indígenas, para esta festividad concurrían vistosamente adornados con cintas de diferentes colores y, sobre todo, el mayor empeño era el de llevar alguna prenda de vestido de los blancos-

una viejísima levita, un sombrero de copa, unos calzones deshechados o siquiera un chaleco. Las mujeres seguían al grupo de bailarines sin tomar ostensiblemente parte en la fiesta, y acaso no tomaban, en efecto, porque ésta era una fiesta de hombres. En lo mejor del baile de una parcialidad llegaba otra y a fuerza de puños obligaba, si lo podía, a salir de la plaza a la que en ella había estado. La fiesta era para los indígenas; pero en ella se divertían grandemente los blancos, los cuales la explotaban poniendo *chinganas* o tiendas de ventas de licores, helados y comidas, para servir a los paseantes. ¡Cuántas escenas de campesina sinceridad se desarrollaron al compás del *sanjuanito*, música típica, llena de una melancolía tan apacible y dulce, que es hermoso recordar a sus sonos las alegrías que pasaron y es bello soñar en el cumplimiento de queridas esperanzas que se mantienen a pesar de la evidente fragilidad de la dicha!

El yaraví, esa música indígena que brota de los caramillos, como sonidos que hubieran quedado refugiados en las agrestes oquedades de las cordilleras, después de que murieron los músicos autóctonos, es la manifestación más delicada del alma de la tierra, india, porque con sangre de indios se alimentó y se tiñó muchos siglos antes de que apareciera en las costas del mar Pacífico el blanco que vino a transformarlo y a perderlo todo. El yaraví es la historia murmurada plañideramente narrando los tiempos que pasaron: tribus inmigrantes que llegaron a cobijarse bajo un cielo benigno y a acamparse a orillas de un lago risueño: la invasión incaica que no podía dejar la crueldad bárbara de una civilización primitiva; la resistencia heroica, el vencimiento y la fusión de razas, hasta que el europeo vino, incomprensivo y duro, a lastimar profundamente esta civilización naciente; y entonces el yaraví se convierte en un lamento y una queja.

El hombre es hijo de la tierra en que nace: ella le moldea a su sabor; puede ser cualquiera su ascendencia de raza, que sólo la naturaleza circundante le convertirá en sér de personalidad propia. Y una manifestación de la naturaleza, como la del viento que rumorea y murmura al tocarse en las ramas y en las peñas, es la música. Las generaciones se han ido sucediendo y el legendario *sanjuanito*, yaraví cristianizado de nombre, pero de alma indígena, es el perfume campestre que va invadiéndolo todo y cubriendo con una capa indeleble de melodía la existencia de esas buenas gentes, sin complicaciones ni sutilezas. El *sanjuanito* sirve para la danza en que los pies se trenzan y los cuerpos se contorsionan de alegría; pero sirve también para amenguar la tristeza de los días melancólicos.

En confusa algarabía, los indios, llenos de cintas y de vestidos estrafalarios en que la prenda del blanco se maridaba con la de su propia invención, como el sombrero de anchas alas y alta copa, hecho del

junco que crece en las orillas del lago, bailaban en grandes partidas, a las que presidían músicos, indígenas también, que tocaban el aire melódico y melancólico en flautas de cañas, como la de Pan, o en grandes *tundas*, trabajadas en carrizos traídos de las montañas. El guía de los músicos tocaba de vez en cuando un caracol marino, que en otro tiempo debía recordarles el mar por donde vinieron. Estos bandos se arremolinaban periódicamente cuando al prado que formaba la plazoleta pretendía entrar la turba de otra parcialidad: quedaba la que vencía y continuaba en el zapatear monótono e interminable.

En los contornos del prado estaban las *chinganas*, en las que se expendían helados, frutas, pastas y el apetitoso rapingacho, que eran de la predilección de los campesinos emperifollados. Las campesinas llevaban rebozos y faldas de costosa bayeta y de mil colores; *macanas* finísimas, con extraños dibujos, que eran chales primorosos, zapatos de charol y de raso; de la cabeza descubierta bajaban las largas trenzas de negro y reluciente pelo. Ellos, endomingados también, llevaban ponchos de alegre matiz y pisaban garbosos con las alpargatas nuevas trabajadas con el hilo blanco de la *cabuya*.

Las personas de calidad del pueblo estaban en las mejores *chinganas* y muchos idilios se forjaban a la sombra de la popular diversión y con ayuda de la mistela de mora, perfumada y traviesa. En los potreros de la vecindad se destacaban grupos alegres, que se divertían al són de una guitarra llena de charloteos y de arrumacos. El aire encendido con los mil *sanjuanitos*, balbucientes y confusos, era de fiesta.

Durante los tres días que duró este extraño baile, Natalia había recorrido las innumerables *chinganas*, prestando pequeños servicios y recibiendo miserables propinas. Así había pasado otros años y se puede decir que era un complemento de la fiesta. Su historia se reverdecía y se confundía cada vez más, cuando alguna persona, por mal intencionada o por compasiva, le empujaba a la narración por medio de copitas de mistela. Muchas veces se la vió, al caer de la tarde, en medio de un corro de gente calamocana, rimar su historia con el llanto y con el *sanjuanito*.

Como si esta humilde y desgraciada flor silvestre, que falta de pétalos, hubiera quedado en áspero cardo, quisiera convertirse en el símbolo de este bullicio de diversión melancólica, que ponía de presente el aniquilamiento de una raza, la fiesta no tuvo en esta vez para Natalia la cordialidad que en otras. Como en tiempo más feliz, se aisló en medio de todos, para ver pasar los cortejos locuaces y ruidosos. Como otras veces, al pie de su árbol compañero y amigo, cuando era muchacha, recogió su alma y con la poca inteligencia que le quedara, se puso a soñar. Soñaba en cosas informes, fantásticas y extraordinarias, mientras la música melancólica le llenaba de tristeza, le murmuraba cosas que oyera en tiempos ya lejanos, le reclamaba a otra vida mejor.

una viejísima levita, un sombrero de copa, unos calzones deshechados o siquiera un chaleco. Las mujeres seguían al grupo de bailarines sin tomar ostensiblemente parte en la fiesta, y acaso no tomaban, en efecto, porque ésta era una fiesta de hombres. En lo mejor del baile de una parcialidad llegaba otra y a fuerza de puños obligaba, si lo podía, a salir de la plaza a la que en ella había estado. La fiesta era para los indígenas; pero en ella se divertían grandemente los blancos, los cuales la explotaban poniendo *chinganas* o tiendas de ventas de licores, helados y comidas, para servir a los paseantes. ¡Cuántas escenas de campesina sinceridad se desarrollaron al compás del *sanjuanito*, música típica, llena de una melancolía tan apacible y dulce, que es hermoso recordar a sus sones las alegrías que pasaron y es bello soñar en el cumplimiento de queridas esperanzas que se mantienen a pesar de la evidente fragilidad de la dicha!

El yaraví, esa música indígena que brota de los caramillos, como sonidos que hubieran quedado refugiados en las agrestes oquedades de las cordilleras, después de que murieron los músicos autóctonos, es la manifestación más delicada del alma de la tierra, india, porque con sangre de indios se alimentó y se tiñó muchos siglos antes de que apareciera en las costas del mar Pacífico el blanco que vino a transformarlo y a perderlo todo. El yaraví es la historia murmurada planeadamente narrando los tiempos que pasaron: tribus inmigrantes que llegaron a cobijarse bajo un cielo benigno y a acamparse a orillas de un lago risueño: la invasión incaica que no podía dejar la crueldad bárbara de una civilización primitiva; la resistencia heroica, el vencimiento y la fusión de razas, hasta que el europeo vino, incomprensivo y duro, a lastimar profundamente esta civilización naciente; y entonces el yaraví se convierte en un lamento y una queja.

El hombre es hijo de la tierra en que nace: ella le moldea a su sabor; puede ser cualquiera su ascendencia de raza, que sólo la naturaleza circundante le convertirá en ser de personalidad propia. Y una manifestación de la naturaleza, como la del viento que rumorea y murmura al tocarse en las ramas y en las peñas, es la música. Las generaciones se han ido sucediendo y el legendario *sanjuanito*, yaraví cristianizado de nombre, pero de alma indígena, es el perfume campestre que va invadiéndolo todo y cubriendo con una capa indeleble de melodía la existencia de esas buenas gentes, sin complicaciones ni sutilezas. El *sanjuanito* sirve para la danza en que los pies se trenzan y los cuerpos se contorsionan de alegría; pero sirve también para amenguar la tristeza de los días melancólicos.

En confusa algarabía, los indios, llenos de cintas y de vestidos estrafalarios en que la prenda del blanco se maridaba con la de su propia invención, como el sombrero de anchas alas y alta copa, hecho del

junco que crece en las orillas del lago, bailaban en grandes partidas, a las que presidían músicos, indígenas también, que tocaban el aire melódico y melancólico en flautas de cañas, como la de Pan, o en grandes *tundas*, trabajadas en carrizos traídos de las montañas. El guía de los músicos tocaba de vez en cuando un caracol marino, que en otro tiempo debía recordarles el mar por donde vinieron. Estos bandos se arremolinaban periódicamente cuando al prado que formaba la plazoleta pretendía entrar la turba de otra parcialidad: quedaba la que vencía y continuaba en el zapatear monótono e interminable.

En los contornos del prado estaban las *chinganas*, en las que se expendían helados, frutas, pastas y el apetitoso rapingacho, que eran de la predilección de los campesinos emperifollados. Las campesinas llevaban rebozos y faldas de costosa bayeta y de mil colores; *macanas* finísimas, con extraños dibujos, que eran chales primorosos, zapatos de charol y de raso; de la cabeza descubierta bajaban las largas trenzas de negro y reluciente pelo. Ellos, endomingados también, llevaban ponchos de alegre matiz y pisaban garbosos con las alpargatas nuevas trabajadas con el hilo blanco de la *cabuya*.

Las personas de calidad del pueblo estaban en las mejores *chinganas* y muchos idilios se forjaban a la sombra de la popular diversión y con ayuda de la mistela de mora, perfumada y traviesa. En los potreros de la vecindad se destacaban grupos alegres, que se divertían al són de una guitarra llena de charloteos y de arrumacos. El aire encendido con los mil *sanjuanitos*, balbucientes y confusos, era de fiesta.

Durante los tres días que duró este extraño baile, Natalia había recorrido las innumerables *chinganas*, prestando pequeños servicios y recibiendo miserables propinas. Así había pasado otros años y se puede decir que era un complemento de la fiesta. Su historia se reverdecía y se confundía cada vez más, cuando alguna persona, por mal intencionada o por compasiva, le empujaba a la narración por medio de copitas de mistela. Muchas veces se la vió, al caer de la tarde, en medio de un corro de gente calamocana, rimar su historia con el llanto y con el *sanjuanito*.

Como si esta humilde y desgraciada flor silvestre, que falta de pétalos, hubiera quedado en áspero cardo, quisiera convertirse en el símbolo de este bullicio de diversión melancólica, que ponía de presente el aniquilamiento de una raza, la fiesta no tuvo en esta vez para Natalia la cordialidad que en otras. Como en tiempo más feliz, se aisló en medio de todos, para ver pasar los cortejos locuaces y ruidosos. Como otras veces, al pie de su árbol compañero y amigo, cuando era muchacha, recogió su alma y con la poca inteligencia que le quedara, se puso a soñar. Soñaba en cosas informes, fantásticas y extraordinarias, mientras la música melancólica le llenaba de tristeza, le murmuraba cosas que oyera en tiempos ya lejanos, le reclamaba a otra vida mejor.

Sumida en recuerdos confusos estaba cuando acertó a pasar a su vera Manuel, el antiguo novio. Iba con la esposa y los hijos. No vió a Natalia; de mirarla acaso no la conociera. Pasó como un patriarca cargado de respeto y lleno de hijos, de hijos que pudieron ser de Natalia, de mocetones robustos, aptos para las faenas del campo y de la vida.

Como un sér encantado que hubiera permanecido inmóvil por siglos, y que de pronto, roto el encanto, se despertara, aunque sin la conciencia de la realidad de las cosas, se sintió penetrada de la música indígena, tan de la tierra, tan de su alma y de la escena que pasaba en su contorno, y en un fulgor de reviviscencia, alcanzó a oír extrañas voces que le llamaban lejos. Salmodiando uno de esos yaravíes, que son como heridas que se desangran con vo'uptuosidad, se alejó de la plazoleta, al caer de una encendida tarde de junio en que el cielo era como un campo de llamas para dar rayos al sol y en que el viejo monte se ruborizaba por compartir, a pesar de su vejez, de la alegría de los indios desdichados, que en otro tiempo le adoraron como a un dios.

* * *

La parcialidad más esforzada y varonil regresaba a sus casas entrada ya la noche. El jefe de ellos, el más viejo, al pasar por cerca del manantial, que era un ojo del cielo abierto en la tierra, se dirigió a él para rendir el culto acostumbrado. La luna, vigilante, silenciosa, que se pasea, encendida la lámpara, por los maizales y por los campos rozagantes de mieses, daba al manantial una claridad difusa de misterio y de encantamiento. Cuando el jefe indio iba a sumergir sus brazos en las aguas puras, se detuvo medroso ante un cuerpo que flotaba en el agua, dando vueltas al rededor del punto en cuyo fondo se veían hervir las arenas. Era el cadáver de una mujer desdichada, cubierta de andrajos, con cara envejecida en la sombra de la noche, por mil años o por mil pesares. De vez en cuando, al poner la luna sus antorchas doradas sobre la faz de esta angustia, que había zozobrado irremediablemente, se veían los ojos abiertos al misterio y al ensueño que se continuaba más allá de la muerte.....

¡EL DOLOR DE SOÑAR!



Ediciones Nacionales y Obras de Autores Ecuatorianos

DE VENTA EN LA

EDITORIAL ARTES GRÁFICAS

Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española: Antología de Prosistas Ecuatorianos. Publicación hecha en conmemoración del IV Centenario del descubrimiento de América. Con una breve reseña histórica acerca de la literatura ecuatoriana en tiempo de la Colonia y durante los siglos XVIII y XIX, y ligeras anotaciones biográficas sobre cada uno de los autores que comprende el Florilegio, 2 tomos, que dan un volumen de 700 páginas. \$ 5,00

Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española: Antología Ecuatoriana: Poetas. Publicación hecha en conmemoración del IV Centenario del descubrimiento de América. Con breves anotaciones biográficas precediendo a las composiciones de cada autor, 1 voluminoso tomo, formato grande, de 680 páginas. 5,00

Ernesto Noboa Caamaño: Romanza de las horas 2,50

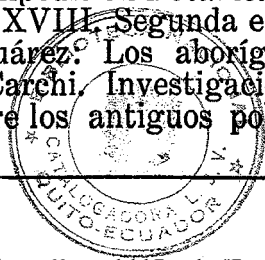
Guillermo Bustamante: Alba sentimental 2,50

José María Egas: Unción, obra precedida de un artículo crítico por César E. Arroyo 1,50

Ricardo Jáuregui Urigüen: Miscelánea de un Trovador, obra precedida de un ensayo histórico-crítico sobre la Literatura Azuaya 2,00

Augusto Arias R.: Poemas íntimos: Los poemas íntimos, del sentir, las voces del camino, la rueda de las horas, estancias. Con un preludio de Isabelle de Villars y portada de Kanela	\$ 1,50
Humberto Fierro: El laúd en el valle, obra ilustrada por el mismo autor	2,00
Eduardo Samaniego A.: Initium: Infancia, de la vida, del dolor, de la muerte, resignación, ofrenda. Ilustraciones de Leonardo Arcos C,	2,00
Remigio Crespo Toral: Mi Poema, cuarta edición aumentada y notablemente corregida por el autor.	2,00
Remigio Crespo Toral: Leyendas de Arte y otros poemas.	4,00
Alejandro Andrade Coello: Nociones de Literatura General, segunda edición completamente refundida. Texto premiado por el H. Consejo Superior de Instrucción Pública	4,00
Alejandro Andrade Coello: La Condesa Emilia Pardo Bazán, ensayo	0,50
Nicolás G. Martínez: Impresiones de un viaje al Archipiélago de Galápagos, segunda edición	1,00
Nicolás G. Martínez: Ascenciones a los Andes	1,00
Edwar Whymper: Entre los altos Andes del Ecuador, relaciones de viaje. Versión española de C. O. Bahamonde	3,00
Carlos Arturo León: Huérfana o Justo por pecadores, drama en 2 actos y un prólogo, y Fuego entre cenizas, comedia lírica en un acto	1,50
Rafael Coronel G.: Sombra, fantasía lírico-dramática. Estudio preliminar por Luis Aníbal Sánchez	1,50

Luis T. Paz y Miño: Los Aventureros, drama premiado con medalla de oro en el Concurso Internacional promovido por la Sociedad de Autores de Colombia, con motivo del Centenario de la Batalla de Boyacá	\$ 1,50
Abelardo Moncayo: Añoranzas, introducción por el Dr. Pío Jaramillo Alvarado	3,00
Manuel J. Calle: Biografías y semblanzas: Luis Cordero, Remigio Crespo Toral, Ilmo. F. González Suárez, Luis A. Martínez, Juan B. Vela, Honorato Vásquez	3,00
Juan Montalvo: Geometría Moral, con una carta prólogo de D. Juan Valera	3,50
José A. Endara: Curso de raíces griegas, aprobado por el Consejo Superior de Instrucción Pública	3,00
Leonidas A. López: Monografía de la Hacienda Pública Ecuatoriana, premiada en el Concurso promovido por la Sociedad "Jurídico Literaria"	2,00
E. Vásquez C.: Resumen estadístico comercial del Ecuador en el curso de la década 1911-1920	2,00
Escritos del Dr. Francisco Javier Eugenio Santa Cruz y Espejo, 3 voluminosos tomos que dan más de 1.400 páginas	15,00
Ilmo. González Suárez: Estudios literarios: Virgilio	6,00
" " " Estudios Literarios: Lacordaire, Balmes. Chateaubriand, etc. Segunda edición	5,00
Ilmo. González Suárez: Memoria histórica sobre Mutis y la expedición Botánica de Bogotá en el siglo XVIII. Segunda edición	4,00
Ilmo. González Suárez: Los aborígenes de Imbabura y el Carchi. Investigaciones arqueológicas sobre los antiguos pobladores	



de las provincias del Carchi y de Imbabura. Texto y Atlas, láminas a colores	\$ 35,00
Ilmo. González Suárez: Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes a los indígenas antiguos pobladores del territorio ecuatoriano	5,00
Ilmo. González Suárez: Notas arqueológicas	5,00
Ilmo. González Suárez: Un opúsculo inédito de D. Francisco J. de Caldas	4,00
Ilmo. González Suárez: Estudio histórico sobre la Cédula del 15 de Julio de 1802, segunda edición	2,00
Pedro Moncayo: El Ecuador de 1825 a 1875, sus hombres, sus instituciones y sus leyes. Segunda edición corregida, anotada y documentada	4,00
Memorias de la Academia Nacional de Historia:—Isaac J. Barrera: Quito Colonial, siglo XVIII y comienzos del siglo XIX	3,00
Academia Nacional de Historia: Documentos para la Historia, vol. I: Solemne pronunciamiento de la Capital de Quito y demás pueblos del Sur de Colombia, por el cual se constituye el Ecuador en Estado Soberano, Libre e Independiente. Un voluminoso tomo ilustrado con numerosos documentos explicativos, publicado por el señor J. Jijón y Caamaño	10,00
Academia Nacional de Historia: Boletín volumen V, números 12—14	6,00
A. T. Barrera: Iniciativa de la Independencia de Sud América	1,00
Cristóbal de Gangotena y Jijón: Al margen de la historia: leyendas de pícaros, frailes y caballeros	5,00
Gustavo Arboleda R.: Diccionario biográfico de la República del Ecuador.	2,00

Camilo Destruge: Biografía del General Don León de Febres Cordero, Prócer de la Independencia de Guayaquil y Benemérito de la emancipación America	\$ 2,00
Isaac J. Barrera: Rocafuerte, estudio histórico-biográfico	2,00
Alejandro Andrade Coello: Maldonado, Mejía, Montalvo... Motivos nacionales, tomo 1º	3,50
V. M. Pérez Perozo: Los Pasos Trémulos (Poesías)	2,50
C. de Gangotena y Jijón, de la Academia Nacional de Historia, Director de la Biblioteca Nacional: Documentos referentes al Prócer y Mártir Guayaquileño Dr. Dn. Juan Pablo Arenas	0,20
Víctor M. Rendón: Madrinas de Guerra, sainete en un acto y en prosa	1,20

NOTAS: Se atiende pedidos de provincias previo recibo por anticipado del valor respectivo. Gastos de correo a cargo del comprador. Siendo muy limitado el número de ejemplares de todas las obras, no se garantiza su existencia.



Imprenta, Librería y Papelería de CANDIDO BRIZ SANCHEZ
Correo, Apartado letra N.—QUITO ECUADOR